La barquera de los objetos pequeños

Texto original · Shyvirelle

En el río de las Palmas no se permitía cruzar con equipaje cerrado. Ni maletas, ni sacos atados, ni cestas con tapa. Cada viajero debía mostrar lo que llevaba y sostenerlo sobre una mano abierta. Si podía mantener la palma extendida, la barca lo admitía. Si tenía que cerrar el puño, el objeto se quedaba en tierra.

Vela conocía la regla desde niña. Había visto pasar una llave, un anillo, una carta y una pluma mojada. Una vez vio a un soldado incapaz de sostener una medalla diminuta. La había recibido por una acción que no quería recordar y, al abrir los dedos, le pesó tanto que cayó entre las piedras de la orilla.

Por eso Vela no miró primero la piedra de molino que llegaba por el camino. Miró al hombre que la empujaba en una carretilla.

Era una rueda enorme, gris, con un agujero en el centro. El hombre tenía los brazos enrojecidos por el esfuerzo y una cuerda le cruzaba el pecho.

—Buenas noches —dijo—. Me llamo Simón. Tengo que ir a la otra orilla.

—Usted puede pasar. La piedra no.

—Pagaré el doble.

—No hay precio que agrande una mano.

Simón dejó escapar el aire. Venía desde el molino del valle, según explicó, y llevaba dos días intentando llegar al puente del norte. El puente estaba roto. Su única posibilidad era la barca.

—No puedo abandonar la piedra —dijo—. Es lo que prometí entregar.

Vela acercó la embarcación a la orilla con una vara. La tabla de acceso quedó sobre la arena.

—Pruebe primero con algo pequeño. ¿Qué trae para pagar el viaje?

Simón sacó una arandela de cobre, poco mayor que una moneda, y la depositó sobre la mano extendida. Al acercarse a la tabla, la muñeca se le dobló. La arandela parecía atraerlo hacia el suelo.

—Es solo un trozo de metal —murmuró.

—En el camino tal vez. Aquí pesa también lo que no se dice de él.

Vela estuvo a punto de perdonarle el pasaje. Parecía agotado, y la noche se había vuelto fría. Abrió la boca para decir que podía guardar su pago, pero se detuvo: una vez había eximido del precio a una anciana sin preguntarle qué llevaba. Aquella mujer había dejado sobre el banco un botón que pertenecía a su hija y no volvió a buscarlo. Desde entonces Vela sabía que la generosidad, si no escucha, a veces oculta la historia de otra persona.

—¿De dónde salió esa arandela? —preguntó.

Simón la escondió en el bolsillo.

—De mi molino. La rueda la sujetaba.

—¿Y a quién pertenece el molino?

—A mí, claro.

La barca golpeó suavemente la orilla, aunque el río estaba inmóvil.

—Cuénteme de la piedra —dijo Vela.

El hombre se sentó en el eje de la carretilla. La piedra había pertenecido a su padre, explicó. Cuando una crecida destrozó el canal del molino, una mujer llamada Hada lo ayudó a levantar un muro de contención. Trabajó durante cuarenta días sin cobrar. Simón le había prometido que, en cuanto el molino volviera a funcionar, apartaría para ella la piedra mejor, con la que Hada podría abrir su propio taller de molienda al otro lado del río.

—Pero necesitaba esa piedra para seguir trabajando —dijo Simón—. Luego hubo otra reparación. Y después el invierno.

—¿Se lo explicó?

—Ella sabía cómo eran las cosas.

—Eso no responde a mi pregunta.

Simón miró la rueda de piedra. Hada había reclamado su pago tres veces. La primera lo hizo por carta, la segunda en el mercado y la tercera dejó de hablarle. Ahora estaba enferma y Simón había decidido llevarle la piedra completa, aunque pesara demasiado, para mostrarle que al fin cumplía.

—Si llego sin ella, pensará que vuelvo a engañarla.

Vela probó la arandela. La colocó en su propia palma abierta: pesó lo mismo que una arandela ordinaria. Cuando se la devolvió a Simón, su mano descendió de nuevo. El metal no se había transformado. Lo que él pretendía callar seguía pegado al objeto.

—La piedra siempre fue demasiado grande para esta barca —dijo—. Incluso si estuviera libre de promesas, no cabría en una mano abierta. Pero usted no solo intenta pasar una piedra: intenta que ella responda por todos los años que ha dejado sin respuesta.

—Es lo único valioso que tengo.

—Quizá no es lo único que puede hacer.

La barquera sacó un trozo de papel y un lápiz corto de la caja del timón. Se los entregó. Simón pasó mucho rato mirando la hoja.

Escribió: «Le daré a Hada lo que debo».

La tinta se volvió borrosa, aunque el papel estaba seco.

—Eso no es algo que pueda cumplirse —dijo Vela—. Es una frase que permite aplazarlo todo.

Simón arrugó el papel y volvió a empezar. Anotó que podía enviar cada semana parte de la harina que produjera mientras la presa aguantara; reparar con sus propias manos el techo del cobertizo de Hada; pedir ayuda a dos vecinos para trasladar la piedra por el camino de carros cuando reconstruyeran el puente. Añadió algo que le costó más escribir: «Reconoceré delante del pueblo que el canal se sostuvo por el trabajo de Hada y que yo no cumplí el acuerdo».

—Eso son promesas nuevas —dijo Vela—. Ella tendrá derecho a rechazarlas.

—Lo sé.

Simón miró la última línea y escribió debajo: «Si no las acepta, escucharé qué reparación me pide antes de ofrecer otra». Después dobló el papel sin cerrar la mano sobre él.

La hoja permaneció ligera.

—¿Y la piedra? —preguntó.

—Queda aquí. Cuando exista una ruta capaz de transportarla, decidirán entre los dos si aún es lo que ella necesita. Hoy usted cruza para hablar, no para imponerle un regalo demasiado tarde.

Simón dejó la carretilla bajo el cobertizo de la barquera. Ató la rueda para que no rodara hasta el agua y escribió su nombre en una tablilla. Era una renuncia difícil: no a la deuda, sino a la idea de saldarla con un solo gesto vistoso.

Cuando subió a la barca, volvió a sacar la arandela. Ahora podía sostenerla sin esfuerzo. La dejó en la palma de Vela.

—Esta pieza la puso Hada el día que terminamos el muro —dijo—. Fue su última ayuda. Nunca se lo agradecí. No quiero que se pierda.

—Entonces la guardaré como pago del viaje —respondió Vela—. No como pago de lo que usted le debe a ella.

Remó despacio. El agua parecía oscura y profunda, pero no ofreció resistencia. En mitad del río Simón preguntó si creía que Hada lo perdonaría.

—No lo sé —dijo Vela—. La barca solo lleva de una orilla a otra. Lo demás tendrán que hacerlo ustedes.

Al desembarcar, Simón mantuvo el papel desplegado sobre la mano. La luz de las primeras casas le permitió leer lo que había escrito. No había perdido peso, ni tiempo, ni culpa de golpe. Tenía un camino y una conversación pendiente.

Vela regresó sola. Antes de guardar la arandela, observó la piedra de molino bajo el cobertizo. Seguía siendo enorme. Mañana tendrían que buscar la forma de que no estorbara a quienes llegaran por el sendero.

La barquera colocó el pequeño círculo de cobre en su caja de pagos, entre una llave sin puerta y una cuenta azul. Había pensado perdonarlo sin hacer preguntas. Se alegró de haber escuchado primero.

Al otro lado, Simón llamó a una casa y esperó. La puerta no se abrió enseguida.

Pero la luz de la ventana permaneció encendida.